



SANTA
MONTEFIORE

TIEMPO
DE SECRETOS
EN DEVERILL

Santa Montefiore, la reina del romance épico, une de manera magistral la convulsa historia de Irlanda a lo largo de varios siglos con una trama familiar y romántica que atrapa desde las primeras páginas.

Arethusa Clayton siempre fue una mujer muy especial... acostumbrada a salirse con la suya. Ahora ya no está, pero dejó instrucciones precisas de sus últimas voluntades. En vez de ser enterrada en la acomodada Costa Este de EE.UU., donde ella y su difunto marido criaron a sus hijos, Arethusa quiere que sus cenizas sean esparcidas en un lugar remoto de Irlanda, concretamente en unas colinas frente al mar y junto a un castillo.

Todo cuanto Arethusa le explicó a su hija Faye es que creció en el seno de una familia humilde y que dejó Irlanda, sola, para empezar una nueva vida en EE.UU., como hicieron tantas personas en tiempos de adversidades. Pero ¿quién era su familia? ¿Dónde están ahora? ¿Y quién es el misterioso benefactor de una parte importante de su testamento?

Arethusa ha muerto y no tiene familia cercana que pueda contar su historia. O al menos, no en esa parte del mundo. Por eso, Faye decide viajar al pintoresco pueblo de Ballinakelly, dispuesta a cumplir con el deseo de su madre y descubrir todos los secretos que allí se ocultan.

*Para mi querida amiga Emer Melody,
que encarna todo lo que amo de Irlanda.*

1

Nantucket, 1960

Anoche soñé que estaba de nuevo en el castillo. En la vida real jamás he estado en un lugar semejante, pero en mis sueños, esos muros de piedra grisácea me son tan familiares como mi propia piel. Me envuelven en un caluroso abrazo, como si tuvieran brazos con los que estrecharme, como si quisieran atraerme, como si llevara mucho tiempo ausente y regresara por fin a casa. Y anhelo que me abracen, ardo en deseos de deleitarme con esta sensación de pertenecer, con esta sensación de hogar, como si todo cuanto hubiera vivido antes no fuera más que un sueño y solo esto fuera real, el lugar en el que deseo esto, donde anida mi corazón. Y al adentrarme en el salón veo una varonil chimenea en la que crepitan las llamas, que proyectan danzarinas sombras en las paredes. Todo es majestuoso, como si se tratara de un palacio real. Hay cuadros en marcos dorados, alfombras persas sobre el suelo de piedra, una magnífica escalera que me lleva a oscuros pasillos, que me tientan a aventurarme en las profundidades del castillo, y echo a correr porque sé que estoy cerca.

La luz de las velas ilumina la oscuridad. Llego a un hueco en la pared y enfilo la angosta escalera que hay allí. Se trata de las entrañas del castillo, el ala más antigua, la única sección para sobrevivir al fuego. Lo sé como si formara parte de mi propia historia. Subo los irregulares peldaños de madera, que el desgaste de siglos de pisadas ha for-

mado leve un rebaje. Poso mis pies ahora en ellos y asciendo muy despacio. El corazón se me acelera y siento temor de repente. En lo alto se encuentra la puerta del un estudio. Está ennegrecida por el tiempo y el humo y las bisagras y los clavos de hierro son de otra época, en que los hombres llevaban sombreros de plumas y botas y portaban espada a la cadera. Pongo los dedos en el pestillo y lo levanto con suavidad. La puerta se abre sin chirriar: está acostumbrada a mi visita.

Dentro hay una mujer de espaldas a mí. Es delgada, con un espeso cabello rojo que desciende en ondas hasta su cintura. Contempla la lumbre mientras una pálida mano reposa sobre la repisa y la otra descansa a lo largo del lateral de su largo vestido verde. Me ha estado esperando. Se gira y me mira. Yo ahogo un grito, horrorizada. Esos ojos grises, esa sonrisa dulce, las pecas que juguetea sobre su blanca piel, las sonrosadas mejillas, el reluciente cabello rojo, son míos, todos míos.

Ella soy yo, me estoy viendo a mí misma.

Desde el columpio del porche contemplo el mar, el cielo translúcido del amanecer, la última estrella que se desvanece y los vaporosos jirones de nubes rosadas y sé que el castillo de mi sueño está muy lejos de esta costa. Esta gran casa de Nantucket, con sus paredes de listones de madera de color gris paloma, sus altas ventanas y su mirador, en el que las solitarias esposas velaban por sus esposos marineros, ha pertenecido a la familia de mi padre desde que el primer Clayton llegó a Estados Unidos desde Irlanda a principios del siglo XIX, y sin embargo me resulta menos familiar que el castillo que solo he visitado en sueños. Es una sensación extraña de la que no consigo librarme. Ni siquiera sé dónde se encuentra ese castillo. Supongo que debe de estar en Irlanda, aunque nunca he estado allí. Le preguntaría a mi madre, pues ella nació en el condado de

Cork, pero no puede hablar debido al derrame cerebral que sufrió hace cinco meses y no quiero preocuparla con lo que, a fin de cuentas, no es más que un sueño. Así que se lo cuento a Temperance, igual que le he contado todos mis pensamientos y sentimientos desde que era niña. Es oriunda de Carolina del Sur y lleva trabajando para mi madre cincuenta y seis años, desde que tenía catorce. Ahora tiene setenta, doce más que yo, pero no me parece vieja. Tiene el mismo aspecto de siempre: piel negra, suave y jugosa; un cuerpo voluptuoso, todo curvas y suavidad, y unos ojos marrones, redondos y brillantes como castañas. Es una mujer grande. Siempre he pensado que tiene que ser grande para albergar un corazón tan enorme. Temperance es todo amor incondicional y compasión y la persona más noble que jamás he conocido. Es como un ángel enviado a la tierra para sanarla. Con esa naturaleza tan afectuosa y maternal me pregunto si le hubiera gustado casarse y tener hijos propios, pero supongo que a mi madre no le habría agradado eso. Arethusa Clayton es una mujer muy dependiente y siempre ha querido a Temperance para sí sola. No es que sea poco amable. De hecho yo diría que es más amable cuando Temperance está presente; tiene algo que saca lo mejor de mi madre. Sin embargo, su afecto por Temperance la hace egoísta y Temperance la ha consentido mucho.

Temperance me trae una jarra de café con leche, espolvoreada con chocolate y otras especias secretas que no quiere revelarme aunque se lo pido. Se limita a sonreír, agita sus largos dedos y me dice:

—Es un secreto, señorita Faye, y un secreto deja de serlo si se comparte.

Me fijo en sus manos mientras acepto la jarra; son la única parte de su cuerpo que delata su edad. La piel está áspera y seca a causa de las tareas domésticas; profundas líneas que, según ella, denotan un alma vieja, surcan sus palmas.

–Siéntate un rato conmigo –le pido.

Se sienta de forma pesada en la silla de enfrente, exhalando un audible suspiro. Su suave cuerpo se funde en el armazón de mimbre y hallo consuelo en esta tranquila rutina, pues cada mañana nos reunimos así, las dos solas, esperando con paciencia y con temor a que fallezca la anciana que yace en el dormitorio de la planta baja.

Me doy impulso con las punteras de los pies y me mezo con suavidad. Temperance parece cansada. Tiene los ojos llorosos y la pena que muestran hacen que me sienta culpable. Creo que Temperance quiere a mi madre más que yo. O puede que la necesite más. Al fin y al cabo, yo tengo un marido e hijos que, a pesar de que ya son adultos, requieren mi atención; Temperance solo tiene a mi madre. Le ha dedicado su vida, hasta la última gota, y conociendo a mi madre como la conozco, la habrá aceptado con avidez. Me pregunto si mi madre le ha dado las gracias alguna vez. Lo dudo. Dudo que mi madre haya pensado siquiera en Temperance o en los servicios que le ha prestado. Temperance no esperaría que le diera las gracias; ella la quiere de todos modos de forma incondicional. El amor es un misterio, cavilo. El amor de Temperance por mi madre es un misterio aún mayor. Una cosa sí sé: el amor de Temperance está más cerca de Dios que el mío. No debería sentir pena de ella; debería sentirme asombrada.

–Anoche tuve un sueño –le digo—. Debo de haberlo tenido una docena de veces desde el derrame de mi madre. ¿A qué crees que se debe?

Temperance siempre tiene respuesta para todo. Ella asiente, sonrío y posa las manos en su regazo.

–Señorita Faye, se dice que los sueños recurrentes son recuerdos que se liberan del subconsciente. Simplemente está recordando su pasado.

Me echo a reír con afecto. Temperance cree en los espíritus, en los hechizos mágicos y en los encantamientos.

La quiero por eso, pero me he criado en la fe católica y me siento más segura manteniéndome fiel a las enseñanzas de la Biblia, en la que no se menciona la reencarnación ni ninguna de sus otras creencias paganas.

–Yo creo que solo es ansiedad, Tempie –respondo, tomando un sorbo de café.

Nadie prepara el café como Temperance y exhalo un suspiro de placer, sorprendida de pronto por el regusto a chocolate en mi boca y por la nostalgia que lo acompaña en una repentina acometida de imágenes, sonidos y olores. Vuelvo a ser una niña pequeña en la cocina, compartiendo mis pensamientos con Temperance y ella me escucha con paciencia, con su redondo rostro rebosante de sabiduría y sus grandes ojos desbordados de amor. Me aferro a la sensación y gracias a ella alcanzo a oler la dulzura de lo que está horneando y a oír resonar nuestra risa. Incluso puedo ver el vestido que llevo puesto y sentir la tela de sirsaca contra mi piel. Me embarga a melancolía, que es la compañera de la nostalgia, mientras pienso en el paso del tiempo, en la brevedad de la vida y en los momentos de ternura perdidos para siempre como consecuencia del cambio constante.

El fallecimiento de mi madre será ley de vida para mi hermano Logan y para mí, pero para Temperance supondrá el final. Cuidaremos de ella, por supuesto; es como de la familia. Pero esta casa en la que hemos pasado cada verano de nuestras vidas y a la que mi madre se retiró tras la muerte de mi padre pasará a la siguiente generación y nada volverá a ser igual. Ted Clayton, mi padre, fue el mayor de siete hermanos y hermanas y gobernador de Massachusetts en su juventud. Un hombre corpulento con mal genio, mente ágil y un carácter formidable, no era persona que aguantara tontos y le gustaba tener total autonomía sobre su mundo; el humo de sus puros continúa impregnado en los tapizados y muebles incluso transcurridos once años de su muerte, por lo que sigo oliéndole, como si

aún estuviera sentado en su butaca, dando órdenes. Él era el soberano y todos los demás sus leales y obedientes súbditos, salvo mi madre, que era su reina. Su única debilidad era la adoración que sentía por ella y esa era la fuente de su poder. Mientras mi madre siga viviendo aquí, las reglas de Ted continuarán vigentes. Cuando se vaya, su reinado finalizará y nuevas reglas se impondrán a las viejas. Ya no será mi hogar. Tampoco lo será ya de Temperance. Será el de Logan y él no es un sentimental como lo soy yo. Su mujer lo vaciará, lo transformará y dejará de oler a puro.

Sujeto la jarra de café con ambas manos y miro a Temperance, preocupada por traslucir la compasión que ella siempre me ha demostrado.

–Has sido una santa al cuidar de mi madre todos estos años, Tempie. Nunca ha sido una mujer fácil, ¿verdad?

–Es una buena mujer –responde Tempie con tono reverencial, los ojos brillantes y la admiración reflejada en su rostro, como si hablara de un ángel y no de mi egocéntrica madre.

–Desde que sufrió el derrame ha estado extrañamente tranquila –aduzco, reflexionando sobre el notable cambio en la forma de ser de mi madre. Pasó de ser una persona malhumorada a dócil de la noche a la mañana, como si se diera cuenta de que se acercaba el final y aceptara su destino sin rechistar.

–Morirá con la conciencia tranquila –replica Temperance–. Ha desterrado sus fantasmas y ascenderá a la luz de Dios rebotante de júbilo.

No estoy segura de a qué fantasmas se refiere Temperance. Sé muy poco del pasado de mi madre. Vino desde Irlanda, de una familia de granjeros, para escapar de la pobreza y empezar una nueva vida en América, como tantos otros hicieron en aquellos tiempos de penurias y hambruna. Es cuanto nos contó. Nunca dio más detalles y nosotros no sentimos curiosidad por saber más. Solo ahora

que está a punto de morir me pregunto por sus orígenes. Sé que tenía dos hermanos. ¿Qué fue de ellos? ¿También dejaron Irlanda? Siendo mis tías y tíos por parte de padre y con más primos de los que puedo contar, resulta extraño no conocer a ningún pariente de mi madre. Vino sola a América y sola se irá, y no sabremos nada.

Dos enfermeras cuidan de mi madre las veinticuatro horas del día, pero insiste en que Temperance esté también a su lado. Está claro que la necesita más aún a ella que a mí, que soy su hija. Estoy un poco celosa, pero es natural. Temperance ha estado siempre con ella, pero yo me casé y me mudé con veintidós años. No guardo rencor ni me arrepiento. Mi madre y yo hemos tenido una relación fácil solo porque yo me he plegado siempre a sus deseos. Me han dominado toda la vida, primero mi padre y después mi marido, así que estoy acostumbrada a amoldarme a personas de carácter fuerte. Soy tan flexible como un junco en un estanque. No opongo resistencia. Hago lo que me dicen y no me quejo. Sé lo que se espera de mí. Mi padre era un hombre directo que no dejaba lugar a dudas. Para él, ser una buena madre y esposa era la mayor aspiración de cualquier muchacha bien educada y yo solo deseaba complacerle y hacer que se sintiera orgulloso. Pero algo en mí se está moviendo ahora, como si, al igual que la tierra, tuviera placas tectónicas propias; siento movimiento en lo más profundo de mi ser.

Soy una mujer de cincuenta y ocho años y, mientras me siento por la mañana en este porche a contemplar el mar, me doy cuenta de que todos estos años he complacido a todo el mundo menos a mí. Reflexiono sobre mi vida y la poca huella que he dejado con la mía. Mis pasos en la arena son poco profundos y desaparecen con rapidez cuando las olas los lamen, pues apenas he hecho nada aparte de criar a mis tres hijos, cuidar de mi marido y ser una anfitriona atenta y encantadora. Mi madre se está muriendo y eso hace que piense en la vida y en la muerte y en nuestro

propósito en este mundo. En un destello de claridad me percató de que he estado viviendo para todos los demás y no para mí. Pienso de nuevo en mi sueño. Me inquieta porque presiento que trata de decirme algo. Quizá mi inconsciente me urge a que me examine con más atención. A diferencia de otros sueños, este no se desvanece, sino que persiste con la obstinación de un perro decidido a permanecer al lado de su difunto amo.

Estoy junto a la cama de mi madre cuando fallece. Mi hermano Logan ha conseguido llegar a tiempo desde Boston y le asimos la mano mientras Temperance continúa mirándola, con el rostro húmedo por las lágrimas y el labio inferior mojado y tembloroso mientras balbucea plegarias inaudibles. Arethusa Clayton fue una mujer muy atractiva en su época; nunca se la consideró una belleza porque sus rasgos eran demasiado contundentes para eso, pero su aspecto era impresionante y los hombres la encontraban irresistible, aun cuando ya no era una mujer joven. Ahora, en la muerte, se muestra serena, benévola, pasiva, lo que a mi hermano y a mí nos resulta raro porque en vida nunca fue así. Tiene un aspecto dulce, amable incluso, como si hubiera renunciado a luchar. Mientras la contemplo, la palabra «lucha» aflora en mi mente igual que un corcho en el agua. Es persistente. Me pregunto por qué tuvo que luchar, para qué tuvo que luchar. Desde luego, la lucha ha terminado ya, ella está en paz. Pero no puedo evitar preguntarme por qué eso estaba ahí.

Su fallecimiento me afecta de formas inesperadas. Es complicado, como un ovillo de lana enmarañado que había esperado que no estuviera enredado. Siento tristeza, una tristeza vacía y dolorosa, pero también alivio, porque ha dejado de sufrir y por haberme librado de su dominio. Es algo espinoso sentir pena y alivio a la vez. Me recuerda el sentirme aliviada y me arrepiento de todas las cosas

que nunca le dije. Todo el amor que no sabía que sentía. Y me siento muy sola y un poco perdida, como si ella hubiera sido una titiritera y yo la marioneta ignorante, ajena a los hilos que hasta ahora me retenían. Temperance solo está triste y sé que su pena es una herida más limpia que la mía. Para ella no hay alivio, arrepentimiento ni culpa. Para ella solo hay pena.

Ahora, como albacea de su testamento, le toca a Logan encargarse de que se cumplan los deseos de nuestra madre. A Temperance y a mí nos toca ponernos con la laboriosa tarea de clasificar todas sus pertenencias. Sus armarios de ropa, zapatos y bolsos, sus joyeros, su maquillaje, sus artículos de tocador y su escritorio con documentos y la biblioteca. En realidad es una ardua tarea, que preferiría dejarla en manos de otra persona, pero no hay nadie más. Estamos solo las dos y, a medida que transcurren los días, tengo la sensación de que no vamos a ninguna parte. Está claro que a mi madre no le gustaba tirar nada. ¿Qué vamos a hacer con tantas cosas?

Entre sus pertenencias hay algo que me resulta fuera de lugar. Se trata de un instrumento que parece un violín pequeño, pero la panza es redonda y el diapasón muy largo. Temperance ahoga un grito al verlo y sonrío con un placer infantil, como si acabara de reencontrarse con un viejo y querido amigo.

—Eso es un banjo, señorita Faye —dice, con voz maravillada.

Presiento que desea tenerlo, así que se lo doy a ella. Temperance lo sostiene con sumo cuidado. A continuación empieza a tocar. Sus dedos se mueven con agilidad sobre las cuerdas. Estoy asombrada. No sabía que supiera tocar el banjo. La escucho mientras canta. Tiene una voz grave y dulce, como el *whisky* y la crema, y me mira mientras canta, con la emoción descarnada en los ojos. Estoy hechizada. Pero dudo que mi madre supiera tocar seme-

jante instrumento. Debió de ser un regalo no deseado que no llegó a tirar.

–Tempie –jadeo cuando termina–, tocas muy bien.

Temperance tiene el corazón destrozado por la pérdida, y llora con facilidad y frecuencia. Ahora derrama unas lágrimas mientras acaricia el banjo con nostalgia.

–Mi padre me enseñó a tocar cuando era pequeña – me cuenta–. Él tocaba estas cuerdas como si hubiera nacido para ello. Y sabía bailar, señorita Faye, seguía el ritmo con los pies. ¡Qué elegante y ágil era! Como el espíritu del fuego. Y sabía cantar. Solía tocar y cantar para que me durmiera, pero yo me quedaba tumbada con los ojos bien abiertos, como una rana, pues no quería perderme nada. –Me devuelve el instrumento–. Después de su muerte, no volví a tocar. Ahora me arrepiento.

–Nunca es tarde para empezar –aduzco–. ¿Por qué no te lo quedas? Te recordará a tu padre. –Entonces imagino a Temperance de niña, con su padre, que supongo que era guapo como ella, con su sonrisa y la misma ternura en sus ojos, y me pregunto por las diferencias en nuestras infancias. Yo, con mi educación blanca y privilegiada, y ella con prejuicios e intolerancia por culpa de su color de piel. Semejante injusticia hace que la compasión me desborde el corazón. Estados Unidos ha avanzado mucho desde que ella era una niña, pero es difícil cambiar las viejas mentalidades de todas formas–. Quiero que lo tengas tú, Tempie –insisto.

–¿Lo dice en serio, señorita Faye?

–Por supuesto que lo digo en serio, Tempie. Mamá querría que lo tuvieras tú.

–Lo cuidaré como si fuera un tesoro, señorita Faye. Y también lo tocaré. Lo tocaré y recordaré el pasado.

Tiene los ojos húmedos. Me gustaría preguntarle por su pasado. Me gustaría saber más sobre su padre, al que sin duda adoraba. De repente me percato de lo poco que sé de ella, aparte de las historias sobre cocina de su abue-

la, y me avergüenzo de mi falta de curiosidad. De mi falta de interés. Pero no es el momento de preguntar. No quiero alterarla. Su pena está muy a flor de piel en estos momentos y lo más mínimo hará que se eche a llorar. No puedo enfrentarme a sus lágrimas ahora mismo. A duras penas soy capaz de contenerme yo.

Mis hijos son un apoyo maravilloso. Rose, que tiene treinta y dos años, y trabaja en el mundo de la moda en Nueva York, se ofrece a venir para ayudar, pero rechazo su ofrecimiento. Tiene que ocuparse de su propia familia. Ella insiste en que puede escaparse y sé que lo dice de verdad. Lo cancelaría todo para venir a ayudarme, pero le aseguro que Temperance y yo nos las arreglamos bien solas. Aun así, me llama todos los días. Dulce, considerada y paciente, me escucha mientras le hablo de todas las cosas raras que he encontrado en los armarios de mi madre. Sé que le aburro, pero no tiene prisa por colgar. Sabe que necesito superar mi pena y me da todo el tiempo que necesito. En cuanto a Edwina, tiene dos años menos y acaba de empezar en un nuevo trabajo en California, haciendo películas, de modo que no puede escaparse, pero agradezco la llamada telefónica y su compasión. Es muy típico de Edwina ofrecerse a ayudar con la esperanza de no tener que hacerlo. Adoro su ambición y su dinamismo, pero es la más egoísta de mis hijos y no se desvive por nadie. Walter, nuestro hijo, tiene veintidós y está estudiando para los exámenes finales de la universidad. Quiere venir, pero no es trabajo para un joven. No me llama muy a menudo. Trabaja duro y tiene novia. Sé que su corazón está en el lugar correcto, pero Rose es la única que empatiza conmigo de verdad.

No obstante, todos vendrán al funeral, junto con su padre, mi marido, que me llamó anoche para preguntarme cuándo vuelvo a casa. Por lo general, lo dejaría todo y correría a su lado, como espera que haga, incluso en este caso. No alcanza a entender por qué no puedo dejárselo to-

do a Temperance. Pero quiero estar aquí. Por fin estoy pensando en mí. Deseo estar aquí, así que me quedo.

Justo cuando creo que estamos haciendo progresos, nos llevamos un buen varapalo. Logan y yo nos reunimos con el abogado de mi madre, Frank Wilks, que viene a la casa para leer su testamento. Es un hombre bajo, enjuto, con un bigote blanco, calvo y rubicundo, que me recuerda a las langostas que solíamos pescar y hervir cuando éramos críos. Tomamos asiento en el comedor, en un extremo de la pulida mesa de madera de cerezo, y charlamos un poco mientras el señor Wilks abre su maletín y saca un expediente, que coloca ante sí con aire solemne y presuntuoso. Se ha ocupado de los asuntos de mis padres durante treinta y cinco años y le apena de verdad el fallecimiento de nuestra madre.

Temperance trae una bandeja con café y después sale de la estancia y cierra la puerta. El señor Wilks sonrío mientras le sirvo una taza, pero es una sonrisa incómoda. Supongo que mi madre realizó algunas peticiones delicadas. A fin de cuentas fue una mujer complicada en vida, ¿por qué iba a dejar de serlo muerta?

El señor Wilks abre el documento, inspira por las fosas nasales y nos informa de que nuestra madre estipula en su testamento que quiere que la incineren. Esto supone una sorpresa, por decirlo suavemente. Nuestro padre está enterrado en la iglesia católica de la Santa Cruz y siempre se ha dado por hecho que mi madre, que también era católica, sería enterrada a su lado. Ted Clayton no era partidario de la cremación. Lo dejó muy claro, igual que hacía con todo (sus sermones en la mesa eran tristemente célebres y los soportábamos con la misma paciencia que se soportan los sermones desde el púlpito). Cuando llegue el día del Juicio Final, Ted Clayton conservará su cuerpo y estará listo para levantarse de nuevo. Nadie duda que lo hará. Si alguien puede desafiar a la muerte y salir de la tierra es Ted Clayton. Pero no creía que fuera posible forjar un cuerpo